

Cacumatzin se fué ofendido, y más indignado de lo que estaba al llegar à presencia de Moctezuma.

El príncipe de Iztacpalapa estaba poseido de un inmenso terror.

Guatimotzin, cayendo de nuevo en su tristeza, se dirigió al aposento de Guacalcinla.

Al llegar exhaló un grito la jóven.

Lanzándose de la hamaca en donde reposaba, corrió á refugiarse en los brazos de su amante esposo.

—¡No me mates! exclamó. ¡No me mates!

—Cuando me lo suplicas, es que lo mereces, exclamó el príncipe de Tacuba.

¿Qué había sucedido á Guacalcinla durante aquel azaroso día? Van á saberlo nuestros lectores:

CAPITULO XXXVII.

Un ardid de Marina.



PENAS salió la comitiva imperial de palacio, entró cautelosamente en la habitacion donde se hallaba Guacalcinla con las mujeres de su servidumbre una jóven, que al hallarse en presencia de la esposa de Guatimotzin:

—Sé que has querido quedarte en palacio, le dijo, y he venido á hacerte compañía.

—¿Quién eres? exclamó Guacalcinla.

—¿No me reconoces?

—No es la primera vez que veo tu rostro, y sin embargo, no recuerdo tu nombre.

—¿No me has visto en compañía de los españoles?

—¡Ah! Sí; tú eres la india que les sirve de intérprete.

—Soy su esclava por desgracia.

—Cuentan que eres leal á Hernan Cortés.

—Como el siervo á su amo.

—Has hecho bien en venir á hacerme compañía.

—Adivino tus deseos.

—¿Cómo es posible?

—Porque leo en tus ojos los sentimientos que te animan.

—Te doy permiso para que me aclares ese misterio.

—Tú quieres hacerme varias preguntas acerca de los extranjeros.

—Es verdad.

—Entre todos ellos te interesa su jefe.

—¡Oh! Sí.

—Yo he adivinado en tus miradas que has sentido hácia él una vehemente admiración, y es natural que siendo así, desees saber algo de ese hombre extraordinario.

—¿Y tú me lo dirás?

—Si me crees digna de tu confianza, sí.

—Soy la esposa del príncipe Guatimotzin, y puedo hacer mucho en tu obsequio.

—Más puedo yo hacer por tí.

—Expíciate.

—Al sentir en tu corazón el fuego abrasador de la mirada de Hernan Cortés, dijo Marina, procurando ocultar los celos que la dominaban, has experimentado una emoción dulcísima que te ha hecho adivinar una felicidad sin límites en el amor de ese extranjero.

—¿Cómo sabes?... dijo la jóven, bajando los ojos con timidez.

—Porque á mí me ha pasado lo mismo que á tí.

—¿Tú le has amado?

—Sí. Yo vivía feliz en el seno de mi familia cuando los españoles invadieron y conquistaron la patria en donde yo había nacido, dándole el nombre de Santiago de Cuba.

Una lucha terrible sostuvieron mis hermanos contra los conquistadores.

Pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque esos hombres son invencibles.

Partí á otras tierras, y cuando Hernan Cortés llegó en compañía de sus soldados, de paso para México, el deseo de ver de cerca á los que eran causa de la desdicha de mi familia, me hizo buscar las miradas de esos hombres.

Nunca lo hubiera hecho.

Hay algo en sus ojos que fascina.

Yo sentí también ante la grandeza del caudillo de los españoles la emoción que ha experimentado tu alma.

Por desgracia mía, aprendí pronto el idioma que hablan los españoles.

Hernan Cortés lo supo, y convirtiéndome en su esclava, me obligó á que le acompañase para ser su intérprete.

En este tiempo me he convencido de que su corazón es de nieve.

Ese hombre no tiene nada dentro de su pecho: ni piedad, ni amor, ni odio siquiera.

—¿Cuánto habrás sufrido! dijo Guacalcinla á Marina.

—Mucho, y sufriré eternamente.

Pero por tí misma he querido avisarte ántes de que caigas en el abismo que va á abrirse á tus piés.

Mis padres, añadió Marina, eran augures, y yo he heredado de ellos la ciencia de leer en el porvenir.

He descubierto el tuyo, y es muy horrible, si no renuncias á tus ensueños.

—Habla. ¿Qué porvenir me espera?

—Eres hermosa; no hay una mexicana que te aventaje en belleza.

Eres además la hija del emperador Moctezuma, princesa y esposa de uno de los que están llamados á sentarse en el trono de México.

Hernan Cortés descubrirá en tus ojos que le amas, que te subyuga, y si ha desdeñado á la mísera esclava que le sirve de intérprete, no hará lo mismo con la altiva princesa.

Fingirá que te ama.

El falso fuego que brilla en sus ojos inundará tu alma.

Caerás en sus brazos ébria de amor, y al despertarte te estremecerás, porque hallarás pintada en la imagen de tu seductor la vergüenza y el oprobio.

—¡Oh! Calla, calla, exclamó Guacalcinla.

—No lo dudes; el español mancillará tu honra, y te arrojará como vil juguete despues de haber satisfecho su curiosidad.

Entónces verás la imágen de tu conciencia en el enojado rostro de tu esposo.

Guatimozin, que te ama con delirio, te odiará.

Tus ojos se inundarán de lágrimas.

La alegría huirá pará siempre de tu pecho.

No nacerán hijos de tu union, y seca y marchita como una planta en la que imprime sus repugnantes labios el dios del mal, verás extinguirse tu vida en medio de dolorosos remordimientos.

Guatimotzin no te perdonará.

—Me horrorizan tus palabras, exclamó temblando Guacalcinla.

—¿Acaso no las crees?

—¡Oh, sí! Una voz interior las repite dentro de mí.

Tú has venido á salvarme.

Díme, ¿qué debo hacer?

Marina empezaba á conseguir su objeto.

—Aun es tiempo, aun es tiempo hoy: mañana será tarde.

—¡Habla, por piedad!

—Pide á Guatimotzin que te proteja contra el prestigio del extranjero, dijo Marina à Guacalcinla.

—¿Y cómo?

—Implorando su perdon por las ideas que te han subyugado un momento.

Cuando él sepa que estás en peligro, te prestará sus fuerzas para resistir, y tu porvenir entónces será risueño.

¡Oh! Yo te aseguro que llegarás á ser en breve emperatriz de México.

Guacalcinla tendió su mano á Marina.

—No olvidaré nunca el favor que acabas de hacerme, dijo.

—Adios.

Marina partió satisfecha.

Temia que Guacalcinla la robase el amor de Hernan Cortés.

Concitándola á confiar á su esposo aquel naciente amor, estaba segura de que Guatimotzin la mataria ántes que consentir que el extranjero mancillase su honra.

Guacalcinla quedó abismada en sus pensamientos.

Pronto se cerraron sus ojos, y sus ideas tomaron cuerpo ante su imaginacion.

Vió acercarse à su lado á Hernan Cortés, y sintió que la mano del guerrero estrechaba la suya, que sus labios, posándose en su frente, la abrasaban, y en este instante se despertó sobresaltada por la llegada de su esposo.

Esta es la explicacion de las palabras que pronunció.

Aquella misma tarde pidió licencia Guatimotzin á Moctezuma para volver con su esposa á Tacuba.

Sus celos estaban desarmados.

Pero la herida abierta ya no podia cerrarse nunca.